



Escribe:

DAMASO
SANTOS

NOVEDADES

LA CONSTANCIA DE ANA MARÍA MATUTE EN LA «PRIMERA MEMORIA»

ABAMOS en estas páginas la noticia de que uno de los nuevos académicos suecos ponía entre los posibles Nóbels a Ana María Matute—puesto a pensar que no pensaba en escritores españoles—, aunque lamentaba que había decaído un poco últimamente.

Es evidente que Ana María Matute representa una de las revelaciones más importantes en nuestra narrativa entre los últimos años cuarenta y los cincuenta. Pero le ocurrió un fenómeno curioso: era demasiado lírica, demasiado poética, podríamos decir, ante la crítica del realismo social que privaba por entonces. No se la podía negar. Pero se la hubiera querido más escueta y descarnada, menos soñadora, más fácilmente incorporable al fotogramismo sombrío y simplista, o a la especulación dialéctica que entonces predominaba, con olvido total—por eso Aldecoa no fué enteramente entendido entonces—de los valores básicos del lenguaje y de las matizaciones humanas. Su mundo de los niños tontos o listos, de los adolescentes complicados en una situación tan vivamente reflejada por ella en «Los hijos muertos», o «Primera memoria», llevaba para esa crítica una carga excesiva de lirismo y hasta de especulaciones evasivas, como demostraba mejor en sus cuentos fantásticos.

Pero han cambiado bastante las cosas y ahora tenemos—bueno, yo lo digo entonces—que decir lo contrario. Ana María Matute tenía idénticas preocupaciones a las de sus compañeros de generación que entraron en la edad de la razón a seguido de nuestra guerra. Lo que le ocurría es que

—excepciones aparte—escribía mejor y tenía una irrenunciable alma lírica y trataba unos temas que hubiera tratado igual con guerra o sin guerra. El mundo de los niños—anormales o normales—y de los adolescentes estuvo traumatisado en ellos, o en la mente de la autora por el recuerdo de la guerra y por la protesta histórico-social. Lo que ocurre en Ana María Matute es que el trauma no le impide ver que son niños o adolescentes, que defienden su mundo específico por encima de todo, por encima, incluso, de la situación social.

Este conjunto de cuentos o relatos «Algunos muchachos» (Destino; Barcelona, 1968), novedad literaria de hoy, es una prueba de esa Ana María fiel a sí misma, que recupera dolorosamente un tiempo perdido en la memoria de niños y muchachos de distintas clases sociales, que entrecruzan sus peripecias, peripecias que terminan cuando van a despertar, cuando todavía no han analizado, pero sí descrito prodigiosamente, el mundo y las contradicciones que les ha tocado vivir.

En estos relatos Ana María sigue con su abundancia de vocablos brillantes e intenciones líricas, pero acelera su testimonio con un coloquialismo descriptivo y de monólogo interior, semejante en algunas cosas (ella ya había hecho antes el recorrido) al del Miguel Delibes de «Cinco horas con Mario». Sí, es fiel a sí misma y a su generación, a su tiempo, pero tiene un camino propio, una fuerza personalísima, que pugna por abrirse paso, y que quizás estalle algún día en una novela menos indicativa que las an-

teriores, pero más redonda y plena de su fuerza, de esa matización que triunfa en estas narraciones bellas, crueles, tristes, tan de su repertorio emocional e ideológico, tan de su obsesiva «Primera memoria». (Ese «andara», es errata o intención de cambiar la Gramática?)

Y hay que apuntar a favor de estos poetas en lengua catalana, aparte de los logros individuales, de la personalidad—muy notable en cada caso—sobre los peninsulares, incluyendo algunos catalanes en lengua castellana: mayor rigor constructivo, más amplio espectro de influencias extranjeras. Y en desfavor, menos intensidad en el proceso de rehumanización iniciado tras la guerra. No hay ni un Hierro, ni un Celaya, ni un Otero, ni un José Agustín Goytisolo entre ellos, aunque tengan de todo el movimiento algunas notas. Prevalece el esteticismo, y quizás, en parte, sea bueno que haya ocurrido para hacer más duradero el valor intrínseco de cada poema y estas mismas notas dentro de tan cuidada arquitectura.

Está bien el texto bilingüe. Deben proliferar los textos bilingües en las lenguas románicas. Sea cual sea el conocimiento que tengamos de cada una de ellas, la traducción ayuda a seguir el poema, que es lo ideal, casi casi en su propio curso idiomático. Aquí el traductor no puede, si es minimamente fiel, traidor, sino un auxiliar, un ayudante y hasta un iniciador. Y, probablemente, por motivos culturales, un popularizador.

los libros

REVISTA SEMANAL

PARA DARLE POESIA A LA POESIA

AY en el habla común una propensión, bien favorable, bien en contra, llamar «poético» a ya entender como poesía—«todo es poesía», dice un personaje avieso de los hermanos Quintero— aquello que contradice a la negra y usadera realidad de las cosas. Esto les ha molestado mucho a los poetas y quizás por ello se llegó a inventar lo que últimamente hemos llamado realismo social. Hay, efectivamente, un camino, quizás desde Baudelaire, que elude esa idea de la poesía. Pero, sin embargo, se mueve... El poeta halla o descubre lo poético, el instante poético. Hay días, hay momentos, hay pensamientos; está la misma poesía hecha, la personalidad de los poetas donde señalar este resplandor divino. Y esto es lo que hace este andaluzísimos poeta Aquilino Duque en su libro «De palabra en palabra» (Cultura Hispánica, 1968), que mereció el premio Leopoldo Panero del año pasado. Conciencia de la ceniza, sí, del decadimento cotidiano, de la fealdad circundante:

Ocaso ceniciente de los días de oro!

Pero hay días de oro, versos de oro, hazañas escondidas de un Dios que se revela por su reflejo en las cosas, instantes de perfección, como el que este lírico/cazador del Sur, dotado de impetuosa, culta, ligera, fina—como los cabos de una yegua cartujana, retórica alcanza, así

Los poetas andaluces—y ello no quiere decir que no puedan ser tan sociales o tan realistas como los demás—tienen que hacer esto de cuando en cuando. Porque si lo son pueden hacerlo y lo han hecho en bien de la poesía, desde Góngora a Rafael Alberti.

Néstor Luján, a la busca del clasicismo perdido

A uno le cuesta trabajo pensar que Néstor Luján sea lo que se llama un escritor «comprometido», como ocurre, en efecto, conociendo las dotes y las inclinaciones habituales de su personalidad hecha al disfrute, al paladeo de los bienes mejor elegidos de la vida, de la civilización y de la cultura. Quizás su compromiso sea para llegar a un mundo en que todo eso esté garantizado y sin posible interrupción para los selectos. Néstor Luján es hombre de libros, de viajes, de deleitosas «causas» sobre cualquier tema que tenga perfume antiguo, sabor aristocrático, sugerencia artística, complejidad erudita más o menos irónica. Ejemplo de ello es este libro «Viaje a Francia» (Taber, Barcelona, 1968), crónicas de andar y ver, aunque más de beber y comer, en busca de esos saberes y esas complicaciones.

No basta dónde se pueden ser discutidos sus datos. Antonio Tovar le señala, entre otros, el error de la antigüedad de la cerveza, que yo también tenía anotado; pero, en definitiva, lo que importa del libro es esa invitación al placer estético reposado y diferenciado de cuantas cosas pueden ser gozadas por la memoria, el ojo y el paladar desde una contemplación histórica y cultural de lo que nos rodea. Y Francia, tan bien conocida por él, la dulce Francia, hay que

reconocerlo, se presta de manera especial a ello. Libros así descansan, ilustran, convidan. Cuando decimos que queremos regalar un libro pensamos consciente o inconscientemente en estos que se hacen raros a los pocos días de su publicación. Pertenecen a la cata de perfecciones, casi perdidas, que nos recuerdan aquel verso de Rilke: «Todo lo que es perfecto vuelve a la antigüedad». A la defensa de unos valores que caen bajo la denominación de «clasicismo».



UCHO antes que esos jóvenes progresistas a que alude José Agustín Goytisolo en su prólogo, hemos sido muchos en estos años pasados los que nos hemos interesado por la cultura en lengua catalana. Pero si la poesía lírica y poco más que la lírica es lo que resplandece—como ha dicho el mismo Pla—, es por sí misma minoritaria, ¿cómo no encontrar dificultades en una lengua tan poco rentable para los españoles del interior? Digo rentable en sentido práctico de la palabra. Se aprende francés o inglés por algo más que leer, que conocer a los liricos. Aprender catalán da pa-

Goy P/0029 POESIA CATALANA AL ALCANCE DE TODOS

ra poco más. Claro está que las circunstancias históricopolíticas (más complejas de lo que parece) han dificultado las cosas. Pero en las minorías, la atención por el fenómeno catalán no ha sido menor que lo fuera en los tiempos de aquella intención de segunda «reinaxenza» de los años anteriores a la guerra. Que ahora la «nova cançó» haya puesto un poco más de moda el fenómeno, puede ser una vía—y hasta una desviación—, pero no un síntoma definitivo. Y por ello aplaudo esta antología, «Poetas contemporáneos» (Seix y Barral, Barcelona, 1968), reactualizada, comentada y traducida por el catalán y poeta en castellano José Agustín Goytisolo, que viene a añadir a los esfuerzos realizados por Castellet, Molas y Badosa.

Están muy bien elegidos los poetas y los poemas. En la primera parte, Carner, Riba, Foix, Salvat-Papasseit y Manet; en la segunda, Pere Quart, Roselló Porcel, Espriu, Vinyoli y Ferrater. Son los primeros una fijación, en lo universal, fuera del fenómeno más o menos regional o nacionalista, de una poesía que recupera un idioma o viceversa, después de Maragall, Verdaguer, Guimerá, etc. Traspasados por el simbolismo y el culturalismo europeo. Los segundos tienen las no-

tas del realismo y de la intencionalidad de la poesía de posguerra.

Y hay que apuntar a favor de estos poetas en lengua catalana, aparte de los logros individuales, de la personalidad—muy notable en cada caso—sobre los peninsulares, incluyendo algunos catalanes en lengua castellana: mayor rigor constructivo, más amplio espectro de influencias extranjeras. Y en desfavor, menos intensidad en el proceso de rehumanización iniciado tras la guerra. No hay ni un Hierro, ni un Celaya, ni un Otero, ni un José Agustín Goytisolo entre ellos, aunque tengan de todo el movimiento algunas notas. Prevalece el esteticismo, y quizás, en parte, sea bueno que haya ocurrido para hacer más duradero el valor intrínseco de cada poema y estas mismas notas dentro de tan cuidada arquitectura.

Está bien el texto bilingüe. Deben proliferar los textos bilingües en las lenguas románicas. Sea cual sea el conocimiento que tengamos de cada una de ellas, la traducción ayuda a seguir el poema, que es lo ideal, casi casi en su propio curso idiomático. Aquí el traductor no puede, si es minimamente fiel, traidor, sino un auxiliar, un ayudante y hasta un iniciador. Y, probablemente, por motivos culturales, un popularizador.

